

PORTAFOLIO

Vestigios del ahora: tres miradas sobre el residuo contemporáneo.

Colectivo Gen 96

ANTONIO GARCÍA ZAMORA
MARIELENA VILLALTA PUCCI
RINA M. MENDEZ RAMÍREZ

2026

COLECTIVO GEN 96

El colectivo Gen 96, nace del reencuentro de un grupo de amigos que fueron compañeros en el Conservatorio de Castella (generación 1996). Como artistas, comparten la pasión del arte, la exploración técnico-conceptual y una amistad convertida en hermandad, fruto de las diferentes experiencias vividas en el Castella y posteriormente, en búsqueda de espacios para compartir su trabajo artístico.

Las obras artísticas presentan variados significados, técnicas y pensamientos, sin embargo, en esa diversidad existe unidad, cada artista tiene su estilo único y lo desarrolla libremente de acuerdo a sus pensamientos e inquietudes que desea comunicar, la unidad se presenta en el momento de exponer las obras, porque todos los artistas provienen del mismo gen artístico y presentan un potencial comunicador en común.

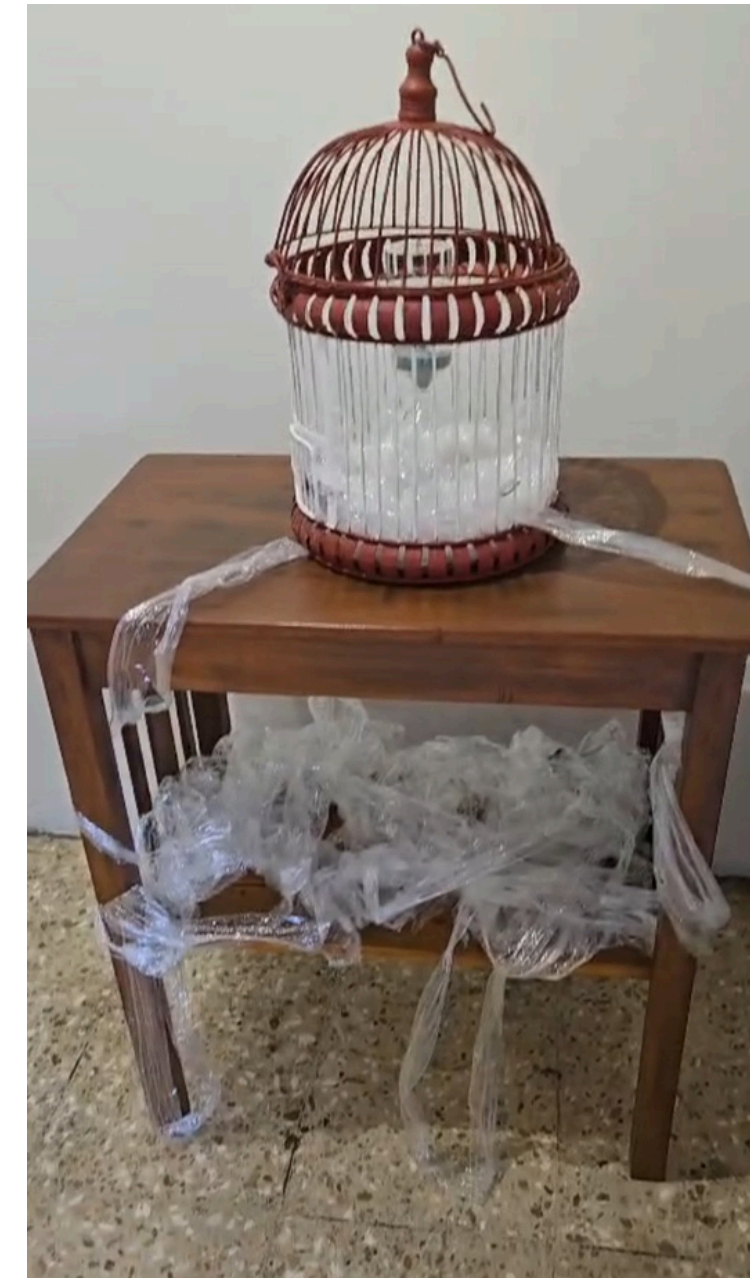


Vestigios del ahora: tres miradas sobre el residuo contemporáneo.

Como centro de la exhibición, un reloj de arena encerrado en una jaula de pájaros actúa como símbolo común y silencioso. La jaula, tradicionalmente asociada al cautiverio, sugiere aquello que fue privado de movimiento, de aire y de posibilidad. El reloj, al marcar el paso irreversible del tiempo, recuerda que la espera no es neutra y que cada grano que cae es una oportunidad que no regresa.

El pájaro ausente señala una pérdida mayor: la de la libertad natural, la de los ciclos que antes se renovaban sin intervención humana. El tiempo, enjaulado, no puede volar ni detenerse; solo caer. Así, la arena se convierte en metáfora del daño acumulado por el exceso, del consumo sin pausa y de la urgencia compartida.

Este objeto no mide horas: mide consecuencias. Nos confronta con una pregunta inevitable que atraviesa toda la muestra: ¿qué ocurre cuando incluso el tiempo queda atrapado por nuestras decisiones?





Isla de basura: geografías de lo que no desaparece.

La serie nace de una imagen constante: el mar como archivo de lo que desechamos. La llamada isla de basura no aparece aquí como representación literal, sino como estructura simbólica, como entramado donde se cruzan restos, memorias y formas de vida alteradas. Cada obra es un fragmento de esa cartografía inestable que no flota solo en el océano, sino también en nuestra conciencia colectiva.

En Lo que el agua no suelta, el mar deja de ser superficie para convertirse en retención. Redes, plásticos, fibras y capas de óleo construyen una tensión constante entre movimiento y atrapamiento. El agua ya no limpia: conserva, aprisiona, devuelve. Lo que alguna vez fue útil reaparece como cicatriz.

Sedimentos de lo humano introduce la idea de acumulación lenta. Aquí, los materiales no se imponen de forma estridente; se depositan, se adhieren, se mezclan con la pintura como lo hace el tiempo con la historia. El residuo deja de ser externo al cuerpo humano y se vuelve extensión de él. Somos también sedimento.

En Redes del descarte, las traas físicas (redes, hilos, fibras) dialogan con tramas invisibles: consumo, producción, olvido. La red ya no conecta, captura. El gesto pictórico se entrelaza con el objeto encontrado, generando una superficie que no se puede leer de un solo golpe, sino que exige una mirada lenta, casi táctil.

Mar interrumpido plantea una ruptura. El flujo natural se ve atravesado por cortes, interferencias y cuerpos extraños. El color, el relieve y los materiales industriales configuran un paisaje fragmentado donde el horizonte ya no promete continuidad, sino interrupción. El mar sigue ahí, pero ya no es el mismo.

Finalmente, Criaturas sintéticas introduce una pregunta inquietante: ¿qué formas de vida emergen cuando el desecho se vuelve hábitat? Estas figuras no son monstruos ni alegorías cerradas; son presencias ambiguas, híbridas, nacidas de la convivencia forzada entre naturaleza y residuo. No anuncian un futuro lejano: habitan el presente.

Esta serie no busca denunciar desde la distancia, sino pensar desde la materia. El uso de aluminio, tapas plásticas, redes, hilos y fibras no es un recurso estético añadido, sino una decisión ética y poética: trabajar con aquello que el sistema desecha para evidenciar que nada desaparece realmente. Todo vuelve. Todo permanece de algún modo.

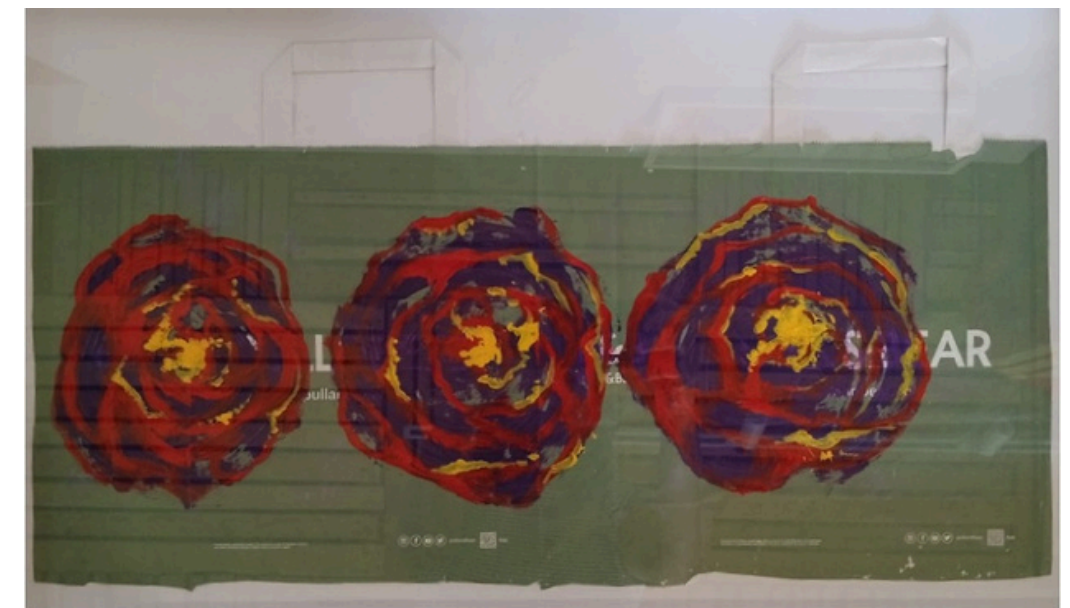
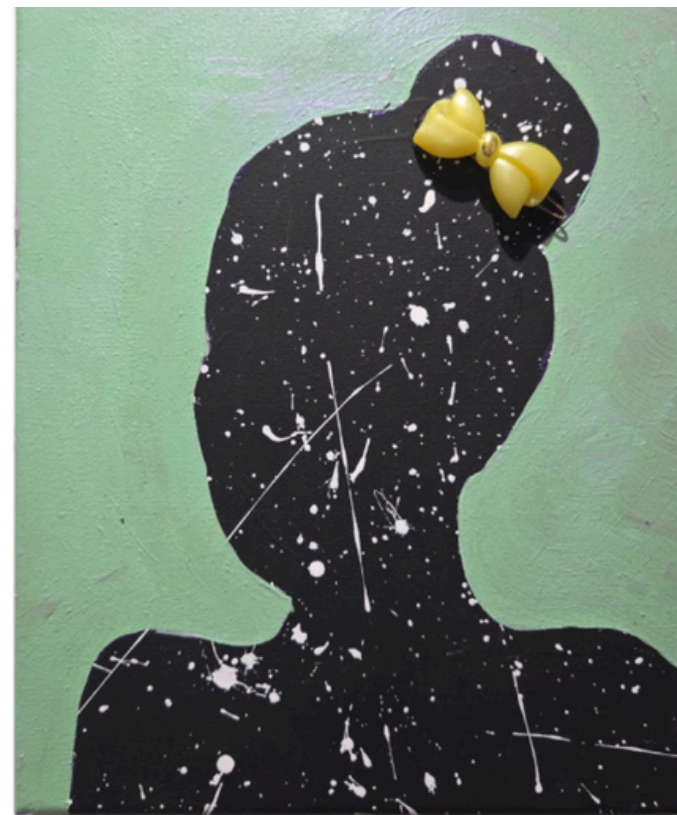
La presente serie de la Isla de basura se constituye como, el inicio de una investigación visual sobre el residuo, la memoria y la responsabilidad. Una serie abierta, en proceso, que no pretende cerrar preguntas, sino mantenerlas flotando (incómodas, visibles) como esas islas que preferimos no mirar, pero que siguen creciendo.

Antonio García Zamora

Costuras del Exceso:

Reúne obras realizadas a partir de residuos de la industria de la moda —bolsas comerciales, botones y objetos textiles— para reflexionar sobre la velocidad del consumo y su impacto sobre el cuerpo, el territorio y la memoria. Al intervenir materiales diseñados para ser efímeros y trasladarlos al espacio de la pintura, la artista transforma el empaque en piel y el desecho en huella. Las imágenes, marcadas por la repetición, la acumulación y la silueta femenina, evocan un sistema que produce belleza al mismo ritmo que abandono. En estas piezas, lo que fue pensado para desaparecer insiste en permanecer, revelando las heridas silenciosas de una estética basada en el exceso.

Rina M. Mendez Ramírez





Contaminación Urbana

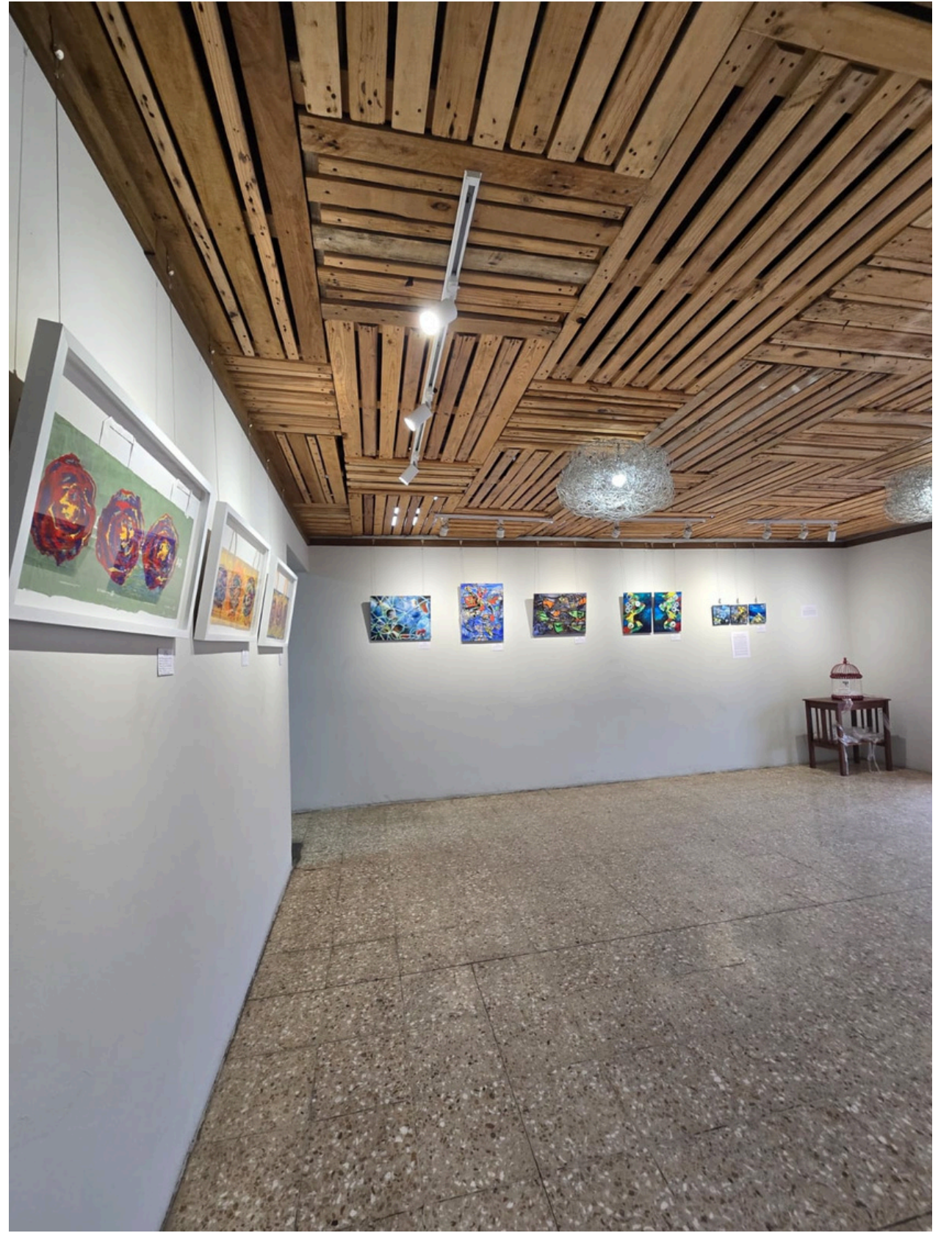
Como artista visual y habitante de la ciudad de San José, observo nuestra ciudad no solo como un espacio habitado, sino como un lienzo saturado de elementos que nos afectan más de lo que creemos. La contaminación urbana, tanto ambiental como visual, transforma nuestra relación con el entorno y con nuestra cotidianidad.

La contaminación visual, esa sobrecarga de anuncios, cables, desorden y basura, invade nuestra mirada y nos desconecta del equilibrio. El caos visual no solo contamina el paisaje, también altera nuestra percepción, genera ansiedad y fatiga mental. En lugar de inspirar, nuestras ciudades nos abruma.

La contaminación ambiental, el ruido constante, el humo, la falta de espacios verdes, la basura y la inseguridad, van erosionando nuestra salud física y emocional, limitando nuestra creatividad y bienestar.

Para quienes trabajamos con la imagen y la expresión artística, la ciudad debería ser un escenario de belleza, armonía e inspiración. Pero hoy se ha convertido, la mayoría de las veces en un entorno hostil. Por eso, el arte puede y debe actuar como una forma de resistencia: embellecer, cuestionar y transformar el paisaje urbano, en un lugar más humano y habitable.

Marielena Villalta Pucci



CONTACTO: COLECTIVOGEN96@GMAIL.COM